

LA LABOR DE EVANGELIZACIÓN QUE REALIZAN los cristianos católicos por el territorio de la diócesis, de puerta en puerta, predicando el Evangelio, suele tener cual motivo central en el florido mes de mayo a la figura de María, Madre de Dios, y se asienta en una entidad que cada vez cobra más vida entre nosotros: las Casas de Misión.

Cristo a la gente, la gente a Cristo

por Hilario ROSETE SILVA

Los días previos a la cita, los responsables de las Casas divulgan la noticia entre los vecinos, los invitan a conocer a la Virgen, les explican cómo acercarse a Jesús a través de ella, que también es Madre de la Iglesia, y en la fecha del encuentro, con un guión preestablecido, dirigen la ceremonia.

Lo interesante en este verano 2005 siguió después, cuando las propias Casas, por intermedio de los Ministros de la Eucaristía, comenzaron a acoger al Santísimo Sacramento, es decir, al propio Jesús.

TRABAJO Y COMUNIÓN

Este fue uno de los modos con que los fieles habaneros acataron las pautas del arzobispo, cardenal Jaime Ortega, para realizar la misión. Güines fue una de las comunidades que empezó en mayo con María, y ella, tan solícita como en Caná, le trajo luego al Cuerpo y Sangre de Cristo.

Durante cuatro miércoles, cuatro casas del pueblo –la de Domingo, en La Cooperativa, la de Sobeida, en la antigua calle Reina, hoy Ave. 91, la de las hermanas Berta y Teresa, en La Quinta, y la de Gloria Travieso, en la carretera hacia la playa del Rosario–, una por semana, descubrieron bajo sus techos a Cristo en la Eucaristía.

En los días previos al término fijado, los dueños de casa regaron la noticia por el barrio, convidaron a los pobladores a intimar con Jesús, les previnieron del significado del encuentro y luego cedieron a los ministros eucarísticos las riendas de la adoración.

Las celebraciones incluyeron las exposiciones del Santísimo, invocaciones al Espíritu Santo, cantos de alabanza, lecturas bíblicas, meditaciones comunitarias de la Palabra de Dios, preces y compromisos de los fieles ante el Señor.

—Estamos en el Año de la Misión y de la Eucaristía –recordó el padre René Ruíz–, la Conferencia episcopal había escogido lo primero para la Iglesia en Cuba, y el

Papa había elegido lo segundo para la Iglesia universal, en Güines cumplimos con la misión mientras descubrimos el Santísimo, por las casas, a la adoración de los pobladores.

VER Y CREER, PARA VIVIR

Al que no sabía de Eucaristía, venía por primera vez y se extrañaba de la pieza de metal precioso donde se muestra el Santísimo –la custodia–, era preciso introducirle en la exposición, explicarle por qué y para



qué se hace y qué sentido tiene, y decirle que es el modo más directo de pedirle, rezarle, adorarlo, estar y recibir la bendición del Señor.

¿Pasar un tiempo en la iglesia con Jesús Sacramentado, es lo mismo que pasar un rato en casa de un vecino frente a la custodia donde se muestra el Santísimo?, preguntaría, de buena fe, un recién llegado. ¿Adorar a Cristo en la Eucaristía ante el sagrario del templo, es igual que acompañarle cuando se expone en la custodia sobre el altar?, querría aclararse y llenar sus lagunas un miembro de la Casa de Misión.

La diferencia entre pasar un tiempo con Jesús en el Santísimo Sacramento expuesto en la custodia y pasar un rato ante un sagrario, es la misma que existe entre hablar con un amigo cara a cara y conversar con él a través de una puerta cerrada. Ver a Jesús (en la custodia)

y de la gente con Cristo: es eso lo que Él desea, darse, y como muchos no van a la Iglesia a recibirlo, la Iglesia se los acerca.

En muchos lugares existe la Adoración Eucarística Perpetua: capillas de muchas parroquias se mantienen abiertas las 24 horas del día, los 7 días de la semana, para exponer el Santísimo de forma ininterrumpida. En la Iglesia del Sagrado Corazón, en el barrio parisino de Montmartre, un ejemplo, la Adoración Eucarística Perpetua ha permanecido por más de 100 años al hilo...

En las iglesias cubanas todavía no llegamos ahí. La exposición suele producirse los días jueves o viernes. Un canto conocido marca el inicio de la adoración: *Cantemos al amor de los amores, / cantemos al Señor; Dios está aquí, / venid adoradores...*

**Exponer el Santísimo, manifestarlo,
descubrirlo a la pública adoración de los fieles
en la sala de sus casas,
es llevar a Cristo a la gente y llevar la gente a Cristo,
es propiciar el encuentro de Cristo con la gente
y de la gente con Cristo.**

expuesto en la Sagrada Eucaristía, conduciría a un clima íntimo, a una oración profunda, ámbito que se haría más cercano si la exposición, en espíritu y verdad, tuviese lugar en casa. La práctica, además, colocaría al adorador en circunstancias privilegiadas con respecto a una promesa de Jesús: “Esta es la voluntad de mi Padre, que todo el que *vea* al Hijo y *crea* en él, tenga vida eterna y que yo lo resucite el último día.” (Jn 6, 40.)

BENDITO SEA CRISTO REDENTOR

Exponer el Santísimo, manifestarlo, descubrirlo a la pública adoración de los fieles en la sala de sus casas, es llevar a Cristo a la gente y llevar la gente a Cristo, es propiciar el encuentro de Cristo con la gente

Al canto siguen las Alabanzas al Santísimo Sacramento, que comienzan loando a Dios, y continúan ensalzando al Nombre de Jesús, al Espíritu Santo y a la Virgen: “Bendito sea Dios... Bendito sea el Nombre de Jesús... Bendito sea el Espíritu Santo Consolador. Bendita sea María Santísima la excelsa Madre de Dios...”

UNO SIEMBRA, OTRO RECOGE

Sin embargo, no fue este el ritual seguido en las casas de Güines para la exposición. La ceremonia fue más simple, más sintética, menos formal, que no menos seria y solemne. Amén del espíritu de adoración, las personas se sintieron “cómodas”, y esto propició su concurso en las meditaciones comunitarias de la Palabra de Dios.

En una de ellas, sobre el diálogo de Jesús con la samaritana (Jn 4, 1-45), los presentes coincidieron en afirmar que un verdadero encuentro con el Hijo de Dios nos marca para siempre, y que dicho encuentro suele producirse por intermedio de terceras personas, es decir, de los diversos rostros de Cristo que nos salen al paso en las esquinas de la vida.

Lo importante es lo que no se ve: tal vez para muchos de los propios partícipes, aquella noche en Güines constituiría uno de esos momentos definitorios, aún cuando en los días subsiguientes se comportasen como si nada. ¿Moraleja? Hay que “insistir a tiempo y a destiempo” (2 Tim 4,2); aunque a simple vista no se vean las huellas, todo lo que se le diga al mundo acerca de Cristo, puede quedar en el corazón del prójimo; es el dueño de la viña el que convoca a los trabajadores a sembrar o a cosechar. La idea, ¡bendito sea el Señor!, también estaba en la Palabra –Jesús y la samaritana– escuchada esa noche:

“Uno es el que siembra y otro el que cosecha. Pues yo los he enviado a cosechar donde otros han trabajado. Otros han sufrido y ustedes se hacen cargo del fruto de sus sudores...” (Jn 4, 37-38.) ¡Nunca se trabaja en vano!

ÉL ES

Así en el momento de las preces varios pidieron ser marcados por esa noche. Luego, a poco de recibir la bendición, los presentes, uno por uno, se acercaron a la custodia, pronunciaron su nombre frente al Santísimo, e hicieron un compromiso público:

“Yo, me comprometo a escuchar la Palabra de Dios, meditarla, dejarme interpelar por ella, hacerla vida, y llevársela al prójimo...” Fue el apogeo; por primera vez la mayoría estaba frente al Santísimo

Sacramento no en la Iglesia, sino en una casa de barrio, y por vez primera en esas circunstancias pronunciaba en alta voz un compromiso solemne...

La fórmula de la bendición final mantuvo su modo íntimo y peculiar. Las palabras sobaban. Elevando, bajando y moviendo a ambos lados la custodia con el Santísimo, el sacerdote hizo sobre cada persona, por turno, la señal de la Cruz.

Aunque en espíritu estuviese presente, los encuentros de mayo con la Virgen habrían sido distintos. La Eucaristía es el sacramento mediante el cual el pan y el vino se convierten en cuerpo y sangre de Cristo; el Santísimo es Cristo en la Eucaristía; y exponer el Santísimo es manifestarlo, a Él mismo, a la pública adoración. La gente parecía estar convencida de esa verdad de fe, saberla o intuirlo, y el contacto con ella la hacía sentirse plena: “Gracias por habernos traído a casa a Jesucristo!”

UNA HORA SANTA

Fieles que participan con regularidad en la exposición del Santísimo narran los milagros y sanaciones que experimentaron. Las comunidades parroquiales registran un aumento en la asistencia a la Santa Misa, en la calidad de los ministerios, en la unidad parroquial, en las conversiones, en el retorno de los alejados, y hasta en el número de vocaciones.

La Iglesia peregrina en Cuba vive un momento especial, no tendría excusa para no realizar una misión como es debido. El quehacer, las acciones de muchas comunidades de la diócesis, están marcando un nuevo tiempo. Y no importa si a esas celebraciones de las Casas de Misión, para acoger a María o para adorar a Jesús, asisten tres o treinta personas, o si, por el momento, los allí reunidos

van o no a la Iglesia: de cualquier modo, por lentos que parezcan, son signos positivos, pasos de avance en el acercamiento de la gente a Cristo.

Por cierto, en las exposiciones del Santísimo se cultiva un vínculo semejante al que los discípulos establecían con Jesús. La gente se admira de *Ese* que habla sin hablar, de *Ese* que está ahí. Cristo en la Eucaristía llama la atención, los rayos del Santísimo Sacramento sobrecogen a los adoradores. Luego, a través de su Palabra, pasada por el corazón, la mente y la boca del prójimo, Jesús se sienta, se da, conversa con la gente, reduce la distancia que impone su atrayente personalidad. ¿Acaso el lector no lo ha experimentado? Vaya corriendo y pase con Él una hora santa: recuerde que Él *es*, y que quien lo vea y crea en Él, tendrá vida eterna. Ω



Padre René Ruiz
junto a los fieles
de su comunidad.